

Una Mujer Bien Plantada

Dip. Rodolfo Echeverría Ruiz

Diputado Federal, Fracción Parlamentaria PRI

Hablaré no de la poeta sino de la política nata y de la servidora pública neta. Dueña de un talento literario notabilísimo; me interesa detenerme en su otro resplandor.

Con minuciosidad y decoro ha construido, paso a paso y sin quemar etapas, los dificultosos y retadores peldaños de su abarcadora vida política.

Su biografía visible (para saber algo de la otra Griselda, nos bastaría con recordar su Anatomía Superficial o su Letanía Erótica, creaciones de mujer-mujer, sin conflictos de identidad consigo misma, libérrima ejercedora de las más aladas concepciones del mundo y de la vida) es la de una incesante gladiadora social a quien nunca ha importado el cargo ejercido, sino la carga en aquel contenido. No el cargo sino la carga es lo buscado y encontrado en el itinerario de esta mujer por predestinación.

Ha vivido bajo un convencimiento: toda existencia humana es deber y misión, aunque no siempre comisión. Resulta evidente: política-política, también descuella en el horizonte de causas no siempre gubernamentales o partidistas.

Creadora y recreadora de abstracciones y metáforas, nuestra Griselda ha tenido, sin embargo, una capacidad innata para hacer cosas concretas, para concebir y para ejecutar proyectos realistas y desarrollar acciones



eficaces (la eficacia es otro de sus talentos) en beneficio inequívoco de quienes más lo necesitan.

En la tarea social nunca ha trabajado sola. Está con otros: rodeada de otros o rodeando a otros, con gente, siempre acompañada. Su instinto gregario, de congénita socióloga natural, la ha llevado de manera invariable a la acción, al humilde pero vehemente desarrollo de la pequeña o de la grande batalla social, al bullicio atronador de la plaza pública. Todo ello, en contrapunto con la prosista sosegada, la versificadora audaz o la madre de sonetos paridos en la altiva soledad de un sensible y poderoso cerebro femenino.

Griselda ha sabido conciliar los imperativos categóricos de la creación social y política, con los no menos imperativos y categóricos rigores de la creación poética. He dicho creación social y creación política porque ella ha ejercido ambas tareas con una agudeza y un espíritu innovador, situados en las antípodas de la repetición y de la rutina.

Ha actuado con modestia y sobriedad. Dentro de estas lindes, ha volado hacia las coordenadas de la invención. Aludo a una invención poética, a una invención social y a una invención política ajenas a lo fantasioso: tan ponderada y calmada en todo lo demás. Si en algo ha exagerado Griselda, es en el realismo político, en el conocimiento objetivo del mundo circundante.

En su también intensa e ininterrumpida vida de escritora y de poeta, se ha desenvuelto entre el oficio y la imaginación, entre la altivez de la mujer-mujer y el modesto encanto, igualmente sincero, de quien hace y dice cosas importantes con el donaire y el desparpajo de una muchacha un tanto erótica y juguetona y otro tanto consistente y rigurosa. A la vista de sus bien plantadas virtudes calderonianas, podemos decirlo: como madre y como abuela, como compañera y como hija, tiene difícil parangón. A la vista de sus audacias—y hasta de sustemeridades—lo advertimos: estamos ante una mujer del siglo XXIII.

Si he traído a colación a una de las cumbres de la dramaturgia clásica es porque,

en algunos episodios de la primera gobernadora de Colima, podríamos evocar algo así como la versión femenina de un Pedro Crespo, no sólo decidido a defender el honor de su estirpe, sino a preservar y anteponer los intereses de la Zalamea autónoma cuya vida pública le tocó regir.

María Griselda (según reza una acta de bautismo, resultado de varias juntas “de conciliación y de arbitraje”) ha dirigido hacia la política algunos de sus múltiples talentos. No podría haber hecho otra cosa. Su bisabuelo fue el primer gobernador de Colima. Su abuelo, prefecto político de la entidad. Su padre jefaturó también el poder ejecutivo del Estado. Un tío suyo —como ella iría más tarde— fue al Senado. Si el amor por la política es asunto genético (aunque se trate también de un tema del alma) no hay duda: trae la política en su torrente circulatorio. Es una mujer política pura sangre, dueña, no de una sangre cualquiera, sino de una sangre superior pero no aristocrática (¿cómo iba a ser elitista un ser humano dotado de tan profunda y rica veta popular?). Hablo de una sangre universal, hablo de aquella sangre apta para dar a todos y para recibir de todos: la de una mujer-mujer definida como política-política; pero también se trata de una mujer-mujer transformada en poeta-poeta, como fue una gobernadora-gobernadora: con ilustración, sin alardes, con capacidad de convivencia democrática, con energía de constructora de puentes de comunicación y acuerdos políticos posibilitadores del avance social.

Nunca fue “poder ejecutivo aturrullado” (López Velarde) sino una señora gobernadora —iba a decir una señora con toda la barba— a un mismo tiempo, firme y conciliadora, abroquelada en la legalidad pero reluctante al burocratismo y a los monotemas, estricta y comprensiva, exigente y respetada porque fue ella la primera en asumir las responsabilidades y los riesgos. Mujer de amplios trazos, no se ha demorado, escritora como es, en los puntos y en las comas de la vida.

Con ser importante la magnitud del trabajo material de su gobierno, también dejó huella en Colima esa obra intangible,

propia de los políticos de hondo calado. Reivindicativo y bronco, el pueblo colimense vivió seis años de legalidad y de trabajo, de creación y de inversión, de confianza y de tranquilidad. Hablo de una tranquilidad dispuesta, no de una tranquilidad impuesta. Hablo de una tranquilidad, indispensable en el ejercicio de toda convivencia democrática, a cuyo amparo, los disidentes y los opositores de todos los tamaños ocuparon un lugar y se desarrollaron a su aire ante el talante moderado y comprensivo de una republicana apta para reconocer en cada quien los valores y los méritos, la inteligencia y la razón.

Las manos de Griselda recuerdan el consuelo vital aludido por Marañón cuando externaba un convencimiento: “una mano de mujer y el rumor de una falda que va y viene” son el mejor remedio para la soledad y el desaliento. Y yo añadiría: son el mejor estímulo para el combate político y para una existencia medianamente equilibrada.

La vida de Griselda, así la íntima como la pública, se ha desenvuelto en secreta armonía con su Colima dorada y adorada, con la Colima que caminó morosa y amorosamente. Es ella una mexicana internacionalizada, sí, pero no pudo haber estado vinculada sino a Colima. Su fuerza vital parece brotar de la tierra misma para dirigir sus pasos y configurar su sensibilidad. Orden y fuego al mismo tiempo, pasión por las ideas y, a la vez, disciplina para concretarlas. Todo esto y mucho más delineó un temperamento político apto para acometer las arduas pruebas de la gobernación.

La cultura de Griselda desborda con largueza el ámbito de los libros y se afina en las hondas raíces de una familia cuyo apego al terruño y a las vicisitudes propias de un clan de combatientes, imprimieron en ella los rasgos definitorios de su personalidad.

Piensa sus cosas con detenimiento y sin prisa, las reflexiona hasta hacerlas madurar. Tomada la decisión de ejecutarlas, es una mujer de acción inmediata: no le produce vértigo la realidad. Ha sabido hacer las cosas —me refiero a su vida de creación política, aunque también a su vida de creación poética— con autoridad, sin autoritarismo ni

pedantería y con un encanto y gracia que han fascinado hasta a los más ariscos.

No fue avara con los dineros públicos, pero sí prudente; ejerció con decisión el gasto social —toda su vida ha trabajado con la gente y sabe organizarla, organizarse con ella, apoyar y apoyarse en ella— pero nunca despilfarró ni fue manirrota, porque cuidó las arcas colimenses como si fueran propias. Su trabajo acucioso y su dedicación honrada a la tarea pública, a la educación, a las comunicaciones, a la vivienda, hicieron a su pueblo respetarla y quererla. Nadie lo olvide. Sin embargo, todo está por hacer y por equilibrar en Colima, toda obra está inconclusa, todo en la vida es un camino.

Bastaría con el recuento de sus años gubernamentales para hacer de Cuesta Arriba un libro importante, pero en él —por supuesto— hay muchísimo más. Sus páginas nos dan una lección de gratitud. Ella lo sabe y lo reconoce: para realizar de modo cabal un destino, necesitamos del apoyo, de la ayuda y del estímulo de numerosas personas. Su libro registra los nombres de quienes tuvieron la fortuna y el coraje de creer en ella. No se equivocaron.

Cuesta Arriba también nos ofrece ejemplos de humildad y de nobleza, de astucia y de respeto por la ley. No obstante, la lección fundamental está dirigida a los políticos. Quiero decir: a los varones dedicados a la política.

No por sutil deja de ser clara la enseñanza. Existe una manera femenina de ejercer el poder; hay una manera, propia en todo de la mujer, de entender y cumplir con la responsabilidad política, ajena por completo al arquetipo tradicional. No se trata de debilidades, por el contrario: en el ejercicio del gasto público y en la obediencia de la ley suelen ser tan inflexibles como el más severo de los hombres. No es tampoco asunto de volubilidades. Las mujeres de gobierno —y Griselda Alvarez fue el primer ejemplo— persiguen sus fines con incansable obstinación, dispuestas, si es necesario, a comer de un plato previamente “bendecido por los pájaros” (la razón de la anécdota se encontrará en el libro).

Finalmente, tampoco es un problema de entrega o de capacidad: las horas de servicio, la atención a los numerosos matices de todo asunto público, son absolutamente asombrosas.

Tiene sentido aludir a una manera femenina de gobernar. Y hay en ella una lección de relevancia: el mando podrá implicar soledad para quien lo ejerce, más no debe traducirse ni en distanciamiento ni en lejanía de los gobernados. Las mujeres políticas, y me refiero de modo particular a Griselda, suelen huir de la prepotencia y de la ostentación. El cargo y las cargas, las responsabilidades y los rigores del gobierno, no las hacen menos humanas, menos tiernas, menos asequibles. La obstinación y la

inflexibilidad —a veces inevitables— no resultan en desmedro de su bondad ni de su disposición para el entendimiento.

El ejercicio de la política y el arte de gobernar suponen sagacidad y raciocinio, destreza e imaginación, pero también implican amor a la política y amor a la poesía: ello equivale a vivir enamorada.

Devota de Quevedo, nuestra Griselda, tan llena de proyectos, puede decirnos con esa, su irresistible sonrisa:

Tras arder siempre, nunca consumirme; tras siempre llorar, nunca acabarme; tras tanto caminar, nunca cansarme; y tras siempre vivir, jamás morirme.